

La aparición de los restos de Jorge Roitman confirma que el médico fue secuestrado, torturado y asesinado en el centro clandestino de detención que funcionaba en el Posadas, hospital donde trabajaba. Sus amigos y compañeros recuerdan su caso, un doloroso ejemplo de la violencia y la concentración de poder de la última dictadura.

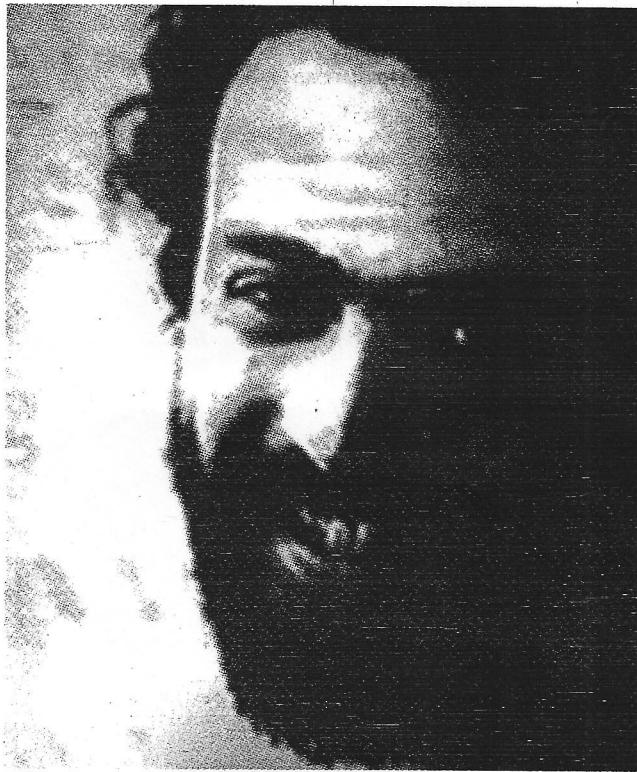
Jorge Roitman, ayudar siendo un buen médico

“Nunca pensé que Jorge no iba a volver”

por Verónica Ocvirk*

Corría marzo, marzo del 63. Era de madrugada y una estanciera se detuvo frente a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, en la calle Paraguay. La conducía Bernardo Roitman y ahí nomás se bajaron su hijo, Jorge Mario, y su amigo Alberto Goldberg, compañeros del secundario en el Colegio Nicolás Avellaneda de Palermo y de deportes en el club Hacoaj (cuando el Hacoaj era, siempre en Tigre, apenas una canchita de fútbol, otra de básquet y dos más de tenis). Jorge y Alberto caminaron hacia el final de la cola que para entonces ya era importante; ellos y otra multitud de jóvenes estaban ahí para inscribirse en las primeras materias de la carrera. Hicieron la fila y cuando le tocó el turno a Alberto ya no había más lugar en la famosa Cátedra de Anatomía de Mansi. Y como Anatomía era el eje central, la asignatura que estructuraba todo, los dos amigos tuvieron que separarse. Jorge conoció ese año a un chico que venía del Nacional Buenos Aires “y deslumbraba”, Jorge “Tito” Costantino, mientras que Alberto se reencontró en su curso con un estudiante al que tenía visto del ambiente del básquet, que jugaba en la Hebraica: Hugo Sigman.

Los cuatro formaron un grupo de amigos que, con unas pocas interrupciones, se mantuvo junto hasta el final de la carrera. Formaban una especie de núcleo reconocido por el resto de sus compañeros gracias, en parte, a unos apuntes súper prolijos de las clases teóricas, repletos de referencias semisecretas y bromas cifradas, que a veces hacían alusión a un misterioso “MVUDUV” (Movimiento Volvamos al Útero de Una Vez), que había surgido por el deseo de calor ante las noches frías y las tensiones previas a los exámenes. Hugo y Alberto tenían actividad política y se la pasaban discutiendo, también Tito era “un pensador”, dueño de una personalidad efervescente. En cambio Jorge tenía un carácter tranquilo, un espíritu pacífico: sus intereses se repartían entre el fútbol (era un cinco muy fino, además de hincha de Chacarita), la Medicina (desde el minuto uno de la carrera fue un estudiante excelente) y su familia (muy cercano a su madre, Ester Lupka, y a su hermana menor, Diana, con quienes vivía en Villa del Parque). “En esa época éramos todos medio polvoritas, pero no Jorge. Él se destacaba por lo razonador”, recuerda Goldberg. Sigman evoca de aquellos tiempos la imagen de los cuatro estudiando juntos, noche



Retrato de Jorge Roitman

tras noche, la mayoría de las veces pasándola extraordinario, entre las materias, los termos de café y las interminables partidas de tute: “Jugábamos al tute cabrero, que como su nombre indica permite hacer alianzas para perjudicar a otro. Tito y yo nos asociábamos y Alberto se engranaba, pero no Jorge. Él no se enojaba nunca”.

El Posadas

Ramón Carrillo lo proyectó en 1952 con la idea de convertirlo en un centro especializado en afecciones pulmonares, pero a principios de los 70 su perfil se reorientó y se fue transformando en un hospital polivalente de agudos, hasta que en 1972 fue inaugurado con el nombre de “Policlínico Alejandro Posadas”, en la localidad bonaerense de El Palomar.

Un año después, en el clima de apertura política y efervescencia cultural que pre-

cedió a la vuelta de Perón, los trabajadores del Posadas se organizaron para desplazar a las autoridades heredadas de los militares y poner en marcha la construcción participativa de un hospital abierto a la comunidad, una institución que hasta organizaba asambleas en las que tanto su personal como los vecinos del barrio elaboraban en conjunto las políticas sanitarias. “Era una cosa fantástica el Posadas. Congregó un grupo de gente joven pero muy formada en una estructura de avanzada, con una planta física y unos recursos que para la época eran de lo más modernos, y que para quienes trabajábamos ahí parecían abrirnos la puerta hacia un desarrollo casi ilimitado”, recuerda el médico Abel Jasovich.

Jasovich compartió ese clima excepcional con Roitman, que para entonces ya se perfilaba como un médico brillante y que junto a su mujer, Graciela Donato,

se había mudado a Ramos Mejía para estar más cerca del hospital. Roitman seguía adorando el fútbol y trabajaba mucho: se había vuelto un profesional generoso, íntegro y sobre todo sensible al dolor.

El cuarteto de amigos se había dispersado: Sigman y Costantino hicieron sus residencias en Psiquiatría en el Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro de Lanús, Goldberg en Pediatría en el Ricardo Gutiérrez y Roitman en el Ramos Mejía, en Medicina Interna. Fue ahí donde Roitman había conocido a un infectólogo que recién llegaba de hacer un *postdoctoral training* en enfermedades infecciosas en la Universidad de California y andaba de lo más entusiasmado con la idea de armar en el Posadas el primer Servicio de Infectología de Argentina. Ese médico era Daniel Stamboulían. “En el Ramos Mejía me lo encontré a Jorge Roitman —recuerda—, y me encantó. Se vino a trabajar al Posadas y todos lo decían: él era mi preferido. Me sentí muy bien acompañado por alguien con ese afán de crecer. Durante tres años fue mi mano derecha y jamás mencionó en ese tiempo una sola palabra sobre su pensamiento político”. “Creo que incluso si Jorge hubiera querido desplegar algún tipo de actividad política no hubiera tenido el tiempo. Su vida pasaba por el hospital”, completa Jasovich.

La ocupación

En la madrugada del 28 de marzo de 1976, con la Junta Militar instalada en la Casa Rosada, una decena de tanques, helicópteros y cientos de efectivos militares fuertemente armados ocuparon el Posadas. El operativo estuvo a cargo de Reynaldo Benito Bignone, entonces delegado de la Junta en el Ministerio de Bienestar Social, y tenía como objetivo explícito “acabar con las actividades subversivas” en el hospital. Durante los primeros tres días más de 50 trabajadores fueron detenidos. Poco después, en abril, el gobierno *de facto* designó como director interino al coronel médico Julio Estévez, bajo cuyo mandato comenzó una nueva etapa de represión, todavía más cruenta. Entonces se organizó un grupo paramilitar que el personal del hospital comenzó a llamar “SWAT” por la ostentación de pistolas, fusiles y escopetas de caño recortado con los que sus integrantes recorrían los pasillos.

El 2 de diciembre de ese año, a las doce y media de la noche, Jorge Roitman miraba un partido de fútbol por televisión con su bebé en brazos. Su mujer estaba en otra habitación, tratando de hacer dormir a su hija mayor, cuando escuchó un estruendo que en un primer momento atribuyó a la explosión de una garrafa. “Cuando me levanto veo que mi esposo está hablando por la mirilla de la puerta, que alguien golpeaba con una maza. Le abre y entran tres o cuatro personas encapuchadas y con ropa de fajina militar. Le sacan a mi esposa la bebé, me la dan a mí y me encierran en el dormitorio con las nenas. Entonces pude atisbarlo: estaba tirado en el piso con una camisa tapándole la cabeza”, relató Donato en el Juicio a las Juntas de 1985. Fue esa la última imagen que pudo guardar de su marido, que entonces tenía 32 años.

“Nunca me voy a olvidar de ese 2 de diciembre. Llego al hospital y me dicen: lo raptaron a Roitman”, cuenta Stamboulían. “Volé a su casa, tengo todavía grabada la imagen de sus hijas chiquitas. Vuelvo al hospital y hablo con Estévez, el director, más de una hora estuve hablando, y cuando salí me contaron que dijo: ‘Stamboulían parece de los nuestros, pero no lo es’. Después, desesperado, me puse en contacto con Antonio Bussi. Bussi a mí me quería porque le había salvado al hijo después de un accidente que tuvo en Punta del Este. ‘Dema dos días’, me pidió. Y a